

El Camino de la Cruz | Gálatas 6:3

«Porque si alguno se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña» (Gál. 6:3).

Ya es bastante malo que un hombre sea engañado por otro; pero es peor ser engañado por sí mismo. Sin embargo, este versículo ofrece el verdadero correctivo y preventivo de la **auto-decepción** —y se encuentra en que un hombre se considere verdaderamente lo que es; es decir, **nada**.

Pero esto no es natural. Lo natural es que cada uno se crea **algo**; y luego continúe pensándolo así hasta que se vuelva más y más **algo**, y el más importante de todos. Ese es simplemente el secreto y el espíritu de la **autoexaltación**.

Pero la verdad es que, por sí mismo, el hombre es **nada**; y la verdadera manera para que cualquier hombre encuentre esta verdad es confesar que es **nada**. Ese es simplemente el camino de la **auto-abnegación**. Y entonces podrá llegar a ser **algo**.

Ahora bien, la razón de todo esto es que el hombre está **separado de Dios**; y esta separación se logró al aceptar la sugerencia, y seguir el camino, de aquel que originalmente, en su **autoexaltación**, declaró: «Seré semejante al Altísimo» (Is. 14:14). Y el curso final, con aquel, es que será absolutamente **nada**. Porque de él, al final de su camino, está escrito: «¡Nunca más serás!» (Ez. 28:19). Y cuando él se embarcó en ese curso que inevitablemente termina solo en ser absolutamente **nada**, entonces es cierto que al principio de este se hizo prácticamente **nada**, y que a lo largo de todo su camino fue verdaderamente **nada**.

Así ocurre también con el hombre que aceptó el liderazgo, y siguió el camino, de este. Por esto el hombre se hizo **nada**. Y así está escrito: «Todas las naciones delante de él son como nada; y son consideradas por él como menos que nada, y vanidad» (Is. 40:17). Y «los que contienda contigo serán como nada, y como cosa que no es» (Is. 41:12).

Sin embargo, el líder original, y, a partir de él, todos los que son guiados en este curso, realmente se creen **algo**, cuando, en verdad, son **nada**.

Ahora bien, hay un camino para salir de esta **nada** hacia aquello que es **algo**, y en lo cual cada uno será verdaderamente **algo**. Y este es el **camino de Cristo** —el **camino de la cruz**. Cristo es el ejemplo: él ha abierto el camino; porque «se despojó a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Así se entregó para ser, y para llegar a ser, perdido y **nada**, para poder redimir a aquellos que están perdidos y son **nada**.

Por lo tanto, todos son exhortados: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse [algo que debía ser tomado y retenido con fuerza], sino que se despojó a sí mismo», y se hizo **nada**. Y porque hizo esto, y por medio de su acción, «Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble

toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:9-11).

Por lo tanto, lo primero que cualquier hombre debe hacer para ayudarse a sí mismo, para ponerse en el camino de la **liberación de la nada**, es reconocer verdaderamente que es **nada**. Entonces, **en Cristo** se convierte en **algo**, y será **algo**, aunque, en sí mismo, sea siempre **nada**. Como está escrito: «*En nada fui inferior a los sumos apóstoles, aunque nada soy*» (2 Co. 12:11). Esto, porque no somos «*competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios*» (2 Co. 3:5). «*Como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y ellos serán mi pueblo*» (2 Co. 6:16). Este es «*el misterio de Dios*», Dios manifestado en carne: «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*».

Y estas cosas están escritas «*para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito, no sea que por causa de uno os envanezcáis unos contra otros. Porque ¿quién te hace diferente? ¿Y qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*» (1 Co. 4:6, 7).

Cuando es verdad de todo hombre que es **nada**, absolutamente **nada**, incluso en cuanto a su existencia, la cual no recibió de Dios; entonces, **sin Dios**, ¿qué es? —Claramente, es **nada**. Y esa es precisamente la condición de los hombres tal como están en el mundo, naturalmente, «*sin Dios en el mundo*» (Ef. 2:12).

Así, siendo estrictamente cierto, por la naturaleza de las cosas, que, **sin Dios**, toda criatura es **nada**; el hombre, al estar **sin Dios**, es verdaderamente **nada**. Entonces, cuando, en esta condición, el hombre se cree **algo**, en eso mismo afirma su **autoexistencia —igualdad con Dios**. Y esto es cierto del hombre en su condición de **pecado y separación de Dios**; porque eso fue lo mismo que se le afirmó y que él esperó cuando el pecado entró: «*Seréis como Dios*» (Gn. 3:5).

Pero la **autoexistencia** no es verdad de ninguna criatura: la **autoexistencia** es verdad solo de Dios. Todas las personas y cosas provienen de él y por él; y en él todas las cosas «*viven, y se mueven, y tienen su ser*»: cada una en sí misma **nada**, pero en él **algo**, según su mente, su voluntad, su propósito, se manifieste en ella.

Así, la **auto-decepción** de un hombre al creerse **algo**, cuando, en verdad absoluta, es **nada**, es la peor y más destructiva de todas las decepciones, porque es la decepción de afirmar de sí mismo **autoexistencia —divinidad**; «*mostrándose a sí mismo que es Dios*» —cuyo único fin es convertirse, de hecho, en absolutamente **nada**, en la terrible consumación que se declara: «*Porque de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí*» (Sal. 37:10).

Pero si un hombre tan solo acepta, en su corazón y vida, la verdad de que es **nada**; si acepta la **manifestación de Cristo**, que solo ella puede mantenerlo en el lugar donde sabrá que, en verdad, por sí mismo es **nada**; si **Cristo vive en él**; si **Dios se manifiesta en su carne**; si la mente, la voluntad, el propósito de Dios se manifiestan así en él, —también de él será verdad que, por esto, «*Dios también le exaltó hasta lo sumo*». Porque está escrito: «*Al que*

venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Ap. 3:21). Jesús dijo: «*Sin mí nada podéis hacer*». Esto es así porque, **sin él, sois nada**. Pues estar **sin Cristo** es estar «*sin Dios en el mundo*» (Ef. 2:12); y **estar sin Dios es ser nada**.

Solo el **camino de Cristo**, el **camino de la cruz**, es el **camino de la vida**, el **camino de algo**. Cualquier otro camino es solo el **camino de la muerte**, el **camino de nada**.

«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: quien . . . se despojó a sí mismo.»

[Advent Review and Sabbath Herald | 30 de octubre de 1900]